



extraña en la edad madura, y en la ancianidad demuestra una pena profunda y desgarradora.

Y por otra parte ¡es tan duro hacer sufrir á una persona cuyos blancos cabellos atestiguan una larga y dolorosa carrera!

Sin embargo, la fisonomía del jóven oficial demostró mas alegría que dolor al oír decir al que había llamado tío, que su esposa, en vez de partir, no se separaría del anciano.

—Querido tío, repuso, jamas he pensado en privar á vd. de la compañía de Elodia, á quien ama como á una hija: que se quede con vd. y yo vendré á verles siempre que me sea posible dejar mi regimiento por algunos dias.

—Y ella querrá separarse de tí! observó el anciano.

—Creo que lo hará, aunque con sentimiento, por no dejar á usted.

—Pues yo pienso lo contrario, y creo que tengo mas razon! Casada de mes y medio, ¿quienes que te deje ya? Tendría que ver! ¡Y podrías esperar gran cosa de una mujer que hiciera eso! ¡No señor! Yo la conozco y nunca he esperado que, al marchar tú, se quedase ella; pero, á lo menos, contaba tener quince dias mas de dicha viéndooos á los dos!

—Elodia se quedará, querido tío, repuso el oficial: ¿para qué ha de dejar esta hermosa quinta? yo le escribiré todos los dias.

—Y yo te digo que no se quedará, y hará bien.

—Por allí viene, dijo el jóven señalando á su derecha, á un sendero entoldado de verdor que iba á concluir á la glorieta en que se encontraban tío y sobrino.

La escena precedente y la que va á seguir tenían lugar en un hermoso jardín de una quinta situada en el fondo de nuestras risueñas provincias vascongadas.

Don Anselmo López, militar encanecido en el servicio, la habia comprado, al retirarse de coronel, con sus modestos ahorros y lo que habia heredado de su esposa, que habia muerto hacia diez años sin dejarle ningún hijo.

Don Anselmo habia tenido un hermano, bueno y honrado como él, que habia llegado á ser un célebre abogado: habiendo muerto del cólera él y su esposa, Don Anselmo se encargó de la niña Elodia, que acababa de cumplir cuatro años y la educó con tanto amor como si hubiera sido suya.

Educábase ésta en el convento de las Salesas Reales de Madrid, en tanto que su tío siguió en el servicio; pero al retirarse á la casa de campo que compró en las provincias, y muerta ya su esposa—cuya pérdida lloraba aun todos los dias,—su primer cuidado fué sacar del convento á Elodia, que ya contaba diez y seis años, y llevarla á su lado. La niña era hermosa como el amor; y reunia á su belleza un carácter verdaderamente angelical y una buena educacion: esto, con la fortuna que su tío podia dejarle, y que ascendía á unos treinta mil duros, la constituía en un partido no despreciable.

Conocia desde muy temprano los tiernos cuidados que debia á su tío, y en el fondo de su alma le profesaba un amoroso culto: para agradecerle su cariño, se aplicaba mas que ninguna de sus compañeras en sus lecciones, y en sus cartas se pintaba la mas viva gratitud.

Qué contenta fué Elodia á acompañar la soledad del anciano! Encargóse desde luego del gobierno de la casa, y dotada de un juicio superior, arregló su tiempo de modo que le bastase para atender á los quehaceres domésticos y al cultivo de las habilidades que su tío deseaba que aprendiese.

Sin embargo, Elodia no era ni un génio musical, ni una artista eminente en la pintura; tenia talento y buen gusto, nada más; pero estas dos cualidades, unidas á una gran perseverancia y á una afición decidida al trabajo, bastaban para que cantase con sentimiento, se acompañase bien y sacase de su caballete paisajes muy lindos, y de su garganta melodías muy agradables.

La figura de Elodia era verdaderamente encantadora, no

por la extrema perfeccion de sus facciones, sino por la gracia suave y casta de que se hallaban revestidas: sus ojos garzos tenían la mas bella y dulce mirada: su boca sonreía de continuo con una expresion acariciadora: es verdad que Elodia era una de esas niñas, criadas entre halagos y ternura, y que jamás han conocido la violencia y los castigos: esto, que vuelve voluntariosos los caracteres de algunos niños, contribuye á dar á los de otros una suave é inalterable dulzura y á conservarles sus creencias y sus mas bellas ilusiones.

La jóven habia sido amada en su pension y lo fué mucho mas en casa de su buen tio. Don Anselmo la adoraba: se tenia por el mas dichoso de los hombres cuando Elodia queria salir apoyada en su brazo y cuando le cantaba una de sus canciones favoritas.

Tenia el anciano uno de esos caracteres generosos, leales y varoniles que no saben fingir ni adular, pero que, en medio de su rudeza, encierran una nobleza admirable.

La quinta, ó caserío, se hallaba rodeada de otras mas pequeñas, cuyos habitantes debian á D. Anselmo repetidos favores: así cuando salia con su sobrina por las tardes les acompañaba un concierto de bendiciones.

Cerca de la quinta y como un gigante orgulloso, se elevaba un vetusto castillo, restaurado segun el uso moderno, pero que aun conservaba su antiguo y soberbio aspecto.

Aquel castillo se hallaba engalanado con vidrios de colores, y al mismo tiempo ostentaba en su pavimento preciosos marmolillos que componian graciosos dibujos: cada ventana, al abrirse, dejaba ondear riquísimos tapices de seda, de remota antigüedad, y hasta mostraba algunas veces las magníficas alfombras de terciopelo que cubrian el piso.

Habitábanlo dos mujeres: la Srita. Yolanda Medina y su jóven hermana Rosalía, que contaba veinte años menos que aquella.

La misma notable diferencia que habia en su edad, habia tambien en la parte física y en la moral de las dos hermanas: eran hijas de dos madres, y de la de Rosalía habia nacido tambien Julian Medina, quien, dotado, como sus hermanas, de muchos pergaminos, pero de una fortuna muy modesta, habia seguido la carrera de las armas.

Julian, durante una licencia, habia ido á ver á sus hermanas: conoció á Elodia, se enamoró de ella, se lo dijo y tardó poco en verse correspondido.

A la verdad, esto era lo mas natural. Elodia tenia diez y siete años: Julian veinticinco: poseía una gallarda figura, una conversacion ligera y alegre, modales finos y desembarazados: le hablaba el dulce lenguaje del amor, y aquella alma vírgen se abrió á las gratas sensaciones de la primera pasion como una rosa abre su cáliz para recibir el rocío de la aurora.

Julian, á pesar de no ser rico, no era del todo pobre: él y su hermana Rosalía tenían una pequeña fortuna que podia sumar unos ocho mil duros para cada uno.

La opulenta era Yolanda, pues ademas de que su madre era muy rica y ella la habia heredado, dos hermanos de aquella la habian dejado tambien dueña de su fortuna.

Julian y Rosalía tenían lo que les habia sido legado por su padre y habia este reunido para ellos á costa de su trabajo y privaciones, dejando á su muerte á sus dos hijos menores bajo la tutela de su hija mayor.

La prudente Yolanda habia dado á aquel dinero una colocacion segura para que redituase lo necesario á la carrera de su hermano y no sacar ella un maravedí de su propio peculo.

En efecto, el capital habia quedado intacto, y la renta era lo que se habia invertido en los gastos de la carrera militar, que no es de las mas costosas, y que Julian terminó brevemente y con brillantez: cuando fué destinado á un regimiento, su hermana le puso al corriente

de sus asuntos y le hizo entrega del capital que estaba intacto.

—¿Por qué no dejas ese dinero donde estaba? le preguntó Julian: ¿y para qué lo quiero?

—Yo tampoco quiero mas cuidados de esta especie, repuso ásperamente Yolanda: ahora haz tu de él lo que se te antoje, y si vuelves á ponerlo donde estaba, que sea bajo tu responsabilidad.

—Vaya un carácter que tienes! exclamó el novel oficial: á no ser por Rosalía, no habia quien pudiera vivir en esta casa!

—Yo me alegraré de que vengas á ella lo ménos posible, dijo la solterona, que era, en efecto, hiriente como un cardo: vé á tu regimiento y diviértete dejándonos aquí tranquilas: de tu dinero haz lo que te parezca; pero te aconsejo que no lo tengas en tu poder porque lo gastarás.

Julian siguió este consejo: volvió á colocar el dinero donde habia estado hasta entónces, y se unió á su regimiento, en el que se distinguió por varios rasgos de valor.

Algunos años mas tarde volvió al castillo paterno con una licencia de tres meses: le llevaba su deseo de ver á Rosalía y tambien su valle natal.

Elodia hacia un año que se hallaba con su tío, y ya por razones de vecindad, ya por efecto de una simpatia profunda, era amiga íntima de Rosalía.

Julian era un atolondrado, con bastante buen corazon, pero tambien con bastante poco talento.

Cometia desaciertos, no por gusto ó porque á ellos le inclinase la violencia de sus pasiones, sino por imitacion; por no ser ménos que sus compañeros de milicia, y tambien para distraer el fastidio que sentia muchas veces, pues no era hombre de muchos recursos en sí mismo.

Habia salido bien de sus exámenes, en tanto que estuvo en el colegio militar; mas, para esto, solo habia estudiado lo estrictamente necesario: ningun arte de adorno habia merecido su atencion: no sentia aficion hácia el dibujo: la música era para él un ruido incómodo; y jamas se le ocurrió hacer versos, aunque fueran muy malos, como lo son generalmente todos los que se hacen en la primera juventud.

En cambio, era gran comedor y gustaba de la caza y del juego; inclinaciones vulgares y las mas propias para arruinar una fortuna.

Elodia le enamoró, tal vez porque ofrecia con él el mas completo contraste: era la jóven dulce, suave, elegante, casta y bella, como la creacion del sueño de un poeta: su graciosa hermosura atraía mas bien que deslumbraba: su traje sencillo, casi siempre blanco, descubria una gallarda estatura y un talle encantador.

Julian la amó verdaderamente, y su pasion tenia el carácter de una violencia dolorosa, pues sospechaba que el prudente Don Anselmo debia negarle á su sobrina por el mero hecho de pertenecer á la carrera militar.

Mas para el viejo retirado, era éste el mayor de los méritos: y además, Julian tenia un agradable barniz que disimulaba los defectos de su educacion, algun tanto soldadesca, y de su carácter fuerte y á veces grosero y voluntarioso.

Engañó á Elodia, que le miraba bajo el prisma de su amor, y engañó tambien á su tío, que, en su confiada lealtad, confesaba á cada instante que no era el marido que preferia para su niña, un atildado mozalvete.

Sin terminar su licencia, Julian, que ya tenia la efectividad de capitán, la pidió para casarse, y se desposó con Elodia, que se creyó la mas dichosa de las mugeres.

No obstante, las bruscas maneras de su marido empezaban á chocarle dolorosamente: todo su amor no podia impedir que la venda cayese de sus ojos alguna vez: el capitán, acostumbrado á mandar soldados de caballería, ol-

vidaba frecuentemente su dulce y culta apariencia, y la careta caía de su semblante cuando menos se lo figuraba.

Elodia veía todo esto con secreto terror; pero amaba á Julian con esa adhesión, con ese apego profundo, que son los distintivos del primer amor de una jóven inocente, bien educada, modesta y llena de ilusiones.

Julian se cansó muy pronto, no solo de aquella apacible y sosegada vida, sino tambien del amor de su muger y de las delicadas manifestaciones que aquel amor tenia: nunca habia sido muy sensible; pero la vida de cuartel y de campamento, le habian vuelto mas material de lo que era en sus primeros años: amaba, como ya lo hemos indicado, el juego y las orgías; gustaba de la sociedad de esas muchachas alegres, cuya educacion abandonada las aparta de todo círculo en que reine el decoro; en una palabra, delante de su mujer se hallaba cortado y confuso, y no sabia seguir con ella una conversacion de diez palabras.

Es probado, que el que no gusta de la música, de la lectura y de las bellezas de la naturaleza, está perdido en el campo y se aburre de muerte: esto es lo que sucedia al capitán Medina, y por esta razon se decidió á volver á incorporarse á su regimiento, como el lector ha visto, en la conversacion que tenia con su tío; ó mas bien, con el tío de su esposa.

Un solo temor le acosaba; el de que su mujer quisiera acompañarle: ¿qué iba él á hacer de aquella niña bella, inocente y delicada, que jamas habia escuchado una broma grosera, y que desde los brazos de las madres Salesas, habia pasado á la apacible y solitaria quinta de su tío?

Esta idea aterraba al capitán; y no es esto decir que él fuese un hombre depravado: Julian, ya lo hemos dicho, tenia buen corazón, pero tenia tambien muchos defectos y un talento muy escaso: una madre hubiera ilustrado su entendimiento y formado su corazón con lecturas útiles y agradables; un padre le hubiera corregido de su impetuosidad natural; pero ¡hay! Julian habia perdido, desde muy

niño, aquellos tiernos preceptores, y se habia educado solo, ó por mejor decir, habia érecido á su gusto, como la yerba de los campos.

Sin embargo, su comprension era viva y fácil, y, como todos los calaveras, poseía muy buenos sentimientos y un valor casi temerario.

El anciano D. Anselmo, hombre de recto juicio, de claro talento, y de mucho mundo, hacia á su pesar, algunas comparaciones entre su sobrino Julian y el hijo de uno de sus amigos, de quien era padrino, y que estaba próximo á terminar su carrera en Madrid.

Aquel jóven vivia con su madre, viuda de un consejero, y era difícil hallar otro dotado de una figura mas bella ni de mayor distincion.

Calixto, que este era su nombre, pasaba entre sus amigos por un modelo de elegancia y de buen tono, que todos procuraban imitar: nadie era mas obsequioso en un convite en que hubiera señoras: nadie sabia llevar con tanta soltura el frac y la corbata blanca: nadie montaba á caballo con tanta gallardía: nadie dibujaba con mas gracia: nadie decia con mas talento lisonjas y palabras dulces: era, en fin, un jóven de buena sociedad en toda la latitud de esta palabra.

Su madre estaba orgullosa de él y con razon: pues su vida elegante no le privaba de ser el mejor de los hijos, ni de haber llegado al término de su carrera de leyes con extremada brillantez.

Tal era Calixto Moncada que escribia á su padrino con frecuencia cartas muy tiernas, que hacian llorar de placer y de alegria al viejo coronel.

Pero ya conocerémos mejor al elegante ahijado dentro de poco tiempo: ahora volvamos con el padrino y el capitán, quienes, al ver llegar á Elodia, suspendieron la disputa que venian sosteniendo desde hacia algun tiempo y que ya iba acalorando la sangre, un poco viva, del buen D. Anselmo.

—Llegaba apenas Elodia á los diez y siete años: el mes y medio que llevaba de matrimonio, no habia podido aún alterar la limpia brillantez de sus ojos, ni la candida expresion de sus graciosas facciones.

Su traje era sencillo, modesto y mas bien el traje de una niña, que todaví vive en la casa paterna, que el de una señora casada: en aquella boda, no habia habido galas para la novia, porque ésta, niña modesta é ignorante de todas las cosas del mundo, tenia la costumbre de vestir solo la humilde guingá, el fresco percal, ó la vaporosa muselina.

Ni aun en el invierno habian dejado su quinta el tío y la sobrina: lo apacible del clima de Guipúzcoa y lo corta que es allí la estación mas fria, les habia decidido á quedarse en la hermosa casa rodeados de sus criados y aprendadores, y de su agradable vecindad.

En los caserios inmediatos, grandes como castillos campestres, vivian algunas familias acomodadas, que mantenian relaciones de buena y franca amistad con D. Anselmo y su sobrina.

Sin embargo, por una casualidad singular, en ninguna de aquellas familias habia ningun jóven que hubiera podido llamar la atención de Elodia: en todas aquellas risueñas quintas habitaban matrimonios de edad madura, con hijas crecidas, excepto en una que moraban dos hermanas ya entradas en años.

Elodia, tenia pues, muchas amigas, pero ningun adorador; y, preciso es confesarlo, su triunfo fué grande, cuando, á la llegada del capitán Medina, se fijó éste en ella con preferencia á todas las demas jóvenes de su edad.

Al entrar en la glorietta del jardin, donde se hallaban su tío y su marido, Elodia iba radiante de alegría: mas parecia una niña, que se duerme en el regazo materno, que

una esposa cargada ya con la inmensa responsabilidad del honor de una familia.

Llevaba un vestido de percal fino listado de mil rayas azules y blancas y hecho de cuerpo alto: un pequeño delantal de seda azul, guarnecido con un encuje negro, adornaba sus flotantes cabos en el delicado talle de Elodia: un cuellecito de tela de hilo lisa, y unos puños iguales completaban, con unos botines de color claro, el traje de la jóven esposa.

Sus cabellos, de un castaño muy claro, estaban sujetos en apretadas trenzas, yendo las de las sienas á reunirse con la de detras de la cabeza.

Unos pequeños pendientes de brillantes, y un brazalete que formaba una cinta de oro liso, eran las únicas joyas que llevaba Elodia con su traje campestre.

—¡Ven, ven, Julian! exclamó al ver á su esposo, corriendo hacia él: ¡ven al salon! Ya he sacado aquel paso tan difícil de la opereta francesa que he recibido de Paris: verás qué música tan dulce, tan armoniosa! ¡oh! en el piano es encantadora!

Julian no se movió: Elodia le miró con cándido asombro, y exclamó con tristeza:

—¡Qué! ¿No vienes?

—¡Déjame de músicas y de sonatas! repuso el capitán bastante bruscamente, y oye lo que estamos hablando tu tío y yo.

—Si... ven á dar tu parecer, hija mia, dijo Don Anselmo: has de saber que tu marido se quiere ir de aquí.

—¡Irse! tartamudeó Elodia atónita: ¿y adonde?

—¿Adónde ha de ser? contestó el capitán: á mi regimiento!

—¡Pero aun no se ha cumplido tu licencia!

—No importa, hago falta allí... y aunque no la hiciera: al terminar la licencia, siempre me habia de ir! ...

—Al terminar la licencia, veriamos lo que se hacia! observó el coronel: ahora se trata de que permanezcas algunos dias mas.

—¡Imposible, tío! ¡imposible! Ya he dicho que no trato de llevarme á Elodia: ella se puede quedar con usted: eso es muy justo y no me opongo á ello.

—No, dijo la jóven con acento alterado: mucho quiero á mi tío, ó mas bien, á mi padre; pero, si te vas, te seguiré.

—¿Para qué? exclamó irritado el capitan separando sus ojos de los de Don Anselmo, que le miraba con la expresion de un triste triunfo: quédate aquí y yo vendré á verte.

—No, repitió Elodia: ¡iré contigo!

—¿Pero á qué?..... repuso Julian con visible contrariedad; ¿para qué has de venir?

—Porque ese es mi deber.

—Quién piensa en eso, cuando yo te digo que te quedas?

—Pienso yo: y con mi deber he cumplido siempre: mi tío, al casarme con militar, sabia que un día ú otro habria de separarme de él.

—¿Y tendrás valor para dejarle?

—Sí, aunque me cueste mucho.

—Pues, hija mia, observó el anciano, yo no le tengo para dejarte.

—¿Lo oyes? exclamó triunfante el capitan.

—Sí lo oigo, repuso Elodia: sin embargo, mi buen tío se hará cargo de la razón.

—Te hará quedar aquí, que es lo mas razonable.

—¡No hay tal! replicó con su gruesa voz Don Anselmo.

—¿Cómo! dijo Julian.

—La mujer debe seguir al marido, y la tuya te seguirá.

—¿Pero no dice usted?.....

—Digo—y digo la verdad—que no tengo valor para separarme de ella.

—Entonces.....

—Ella te seguirá; y yo os seguiré á los dos.

El capitan retrocedió estupefacto.

—¿Seguirnos! exclamó.

—Sí, seguimos á Madrid: nó tengo en el mundo mas que á mi niña, y la he de dejar yo! viviremos juntos, como aquí: ¡ya verás qué bien! En todas partes reside la felicidad, si se la sabe buscar.

—¡Ah, tío mió! dijo Elodia; ¡y va vd. á dejar su casa, sus comodidades, sus criados, que le aman como á un padre!

—¿Y qué remedio? Si á mi me aman como á un padre, á tí te aman como á una hija, y los tienes que dejar tambien.

—Una viva contrariedad se habia pintado en el semblante de Julian al anunciar el anciano su decision; pero considerando que si Elodia se empeñaba en seguirle no habia medio de impedirselo, pensó tambien que, estando con su tío, le dejaria en una libertad mas completa que estando sola con él.

—Marcharemos los tres, dijo procurando serenar su semblante: de todos modos, Elodia no ha estado en Madrid, pues desde su pension vino á este desierto, y seguramente se alegrará de verle.

—Estando con vosotros, en todas partes me hallaré bien, respondió la jóven con angelical sonrisa: ¿cuándo partiremos?

—Dentro de dos dias, respondió el capitan: mañana harémos nuestras despedidas.

La jóven se retiró llena de gozo para hacer los preparativos del viaje: se trataba de ir á Madrid con su tío y con su esposo. ¡Iba á ver aquellos hermosos teatros, aquellos dilatados paseos de que tantos elogios habia visto en los periódicos que recibia Don Anselmo! ¡Qué felicidad!

Por la noche, y segun costumbre, fué con su tío y con Julian á casa de las hermanas de este, á fin de anunciarles su viaje.

Era la Srita. Yolanda—nombre pomposo que una madre romántica le habia puesto—una persona alta y ma-

gra, mas bien que delgada: su carácter, altivo por sí, se avenia perfectamente con su orgulloso nombre; digno de una castellana de la Edad Media; pero aquel carácter se habia agriado de un modo indecible é intolerable desde que se habia persuadido de que el celibato era inevitable para ella.

¡Cosa extraña y terrible! Yolanda no habia tenido ni un solo pretendiente en aquel bello y honrado pais de Guipúzcoa, en el que la ambicion impera poco, y en el que cada uno se contenta con lo que Dios le ha dado.

Algunas temporadas habia pasado Yolanda en Madrid, pero su fealdad era tal y de tal género, que solo algún joven muy perdido habia tenido valor bastante para emprender su conquista.

Yolanda le habia rechazado con magestuosa indignacion: ella hubiera aceptado á un duque viejo y aun á algún marqués; pero un estudiante, escribiente, eso jamas!

Volviase, pues, cada año á su vetusta casa, con mas irascible humor, y con una dosis mayor de veneno en la sangre.

Cada vez hacia sufrir peores modales á sus criados y mas severidad á su pobre hermana Rosalia, que se hallaba como la paloma entre las garras del milano.

Es imposible describir el odio y la envidia que aquella hermana de treinta y seis años, tan fea y tan antipática, tenia á su hermanita, de edad de diez y seis, dulce y bonita como un ángel.

La solterona se lo envidiaba todo: su edad, su belleza y hasta su buen corazon y su hermosa índole.

Elodia habia querido sacar muchas veces á la hermana de su marido de las garras de la feroz solterona; pero le habia sido de todo punto imposible, pues Yolanda necesitaba constantemente tener á alguno á quien atormentar, y nadie estaba sujeto á su poder como aquella desgraciada niña.

Rosalía, á no ser por la generosidad de Elodia, hubiera

ido hasta miserablemente vestida, pues la Srta. Yolanda era en extremo avara; ademas, creia que Rosalia, mal vestida, seria ménos encantadora que Rosalia, ataviada con la graciosa sencillez propia de su edad.

Elodia, que contaba casi la misma que Rosalia—pues solo a llevaba un año—buena, tierna y generosa, proveia á las necesidades de la hermana de su esposo, y le daba, ya un vestido, ya una linda pañoleta, ya un bonito sombrero: la mas cariñosa amistad unia á aquellas dos niñas, y el mismo Don Anselmo amaba paternalmente á Rosalia.

Tampoco aborrecia á la solterona aquel excelente anciano: compadeciala mas bien que la culpaba, y solia decir algunas veces:

—Mucho hay que dispensar á la desgracia de ser tan fea! Paciencia, ¡Rosalia, paciencia! Tú te casarás y te iras con un esposo que te hará feliz.

Rosalía no necesitaba que la exhortasen á la mansedumbre, pues era la misma dulzura; pero algunas veces lloraba por efecto de las injustas y duras reconvenciones de su hermana.

El castillo de Medina, como pomposamente llamaba Yolanda á su casa, era hermoso y estaba amueblado con riqueza y, sobre todo, con gran comodidad: apenas iba nadie diariamente, mas que la familia de López, es decir, Don Anselmo con su sobrina; pero la Srta. Yolanda daba cada dos meses una espléndida comida, á la que concurrían todas las familias de las cercanías y aun muchas de la ciudad vecina.

Aquellas comidas eran en extremo suntuosas: vinos extranjeros, manjares de subido precio, platos exquisitos confeccionados en Francia, y traídos á todo coste, embriaban la dilatada mesa que se iluminaba con esplendidez.

Los convidados comían todo lo posible: hacian despues la visita de estómago agradecido, y no volvian mas hasta nuevo convite.

Yolanda no deseaba sus cotidianas visitas, pues extremadamente egoísta, prefería á todo trato su propia comodidad.

IV  
Serían como las ocho y media de la noche cuando entraron en el salon de la Srta. Yolanda, Don Anselmo, Elodia y Julian.

Hacia calor, pues corría el mes de Junio; mas á pesar de esto, Rosalía bordaba á la luz de una gran lámpara y Yolanda tejía una media tan fina como una tela de araña, recostada en un mullido divan de seda.

En un sillón cercano al balcon, se hallaba sentado el capellan, única compañía de las dos hermanas.

El salon era espacioso, cómodo y elegante: una suntuosa tela de seda, de fondo carmesí subido, vestía las paredes: el piso, de marmolillos, presentaba dibujos graciosos y nuevos: la sillería era igualmente de seda carmesí: delante de la cerrada chimenea, había una preciosa pantalla bordada por las lindas manos de Rosalía y que representaba el escudo de armas de la casa de Medinas sobre terciopelo azul.

Sobre la meseta de la chimenea, había un hermoso reloj de bronce, cuyo coste no bajaría de cuatro mil reales, y á cada lado se veía un candelabro, tambien de bronce, que armonizaba con él, cargado de bujías encendidas.

El velador, que sostenía la lámpara, á cuya luz bordaba Rosalía, se hallaba cubierto con un magnífico tapete.

Yolanda era alta, y sumamente seca: su tez, que había sido siempre morena, se había arrugado prematuramente: sus ojos eran saltones y casi blancos: no tenía ni cejas ni pestañas: ostentaba su frente una desmesurada anchura por lo despoblada que estaba de cabellos, y su nariz era tan roma y remangada que daba á su cara la expresión mas innoble y mas repulsiva.

Una enorme dentadura le impedía cerrar los labios: sus quijadas parecían cortantes como la hoja de un cuchillo: su talle, extremadamente largo, enjuto y sin formas, se asemejaba á un palo vestido; y eran tan flacas sus manos, que sus dedos parecían mas bien un manojo de correas.

Hallábase ridículamente vestida con un traje de tafetan verde y un gran cuello blanco que hacía resaltar el color amarillento de su cara.

Su escaso cabello, peinado, atusado con bandolina, pegado, por decirlo así, á sus sienes, era de un color que podía llamarse castaño ó negro, según á la luz que se mirase; pero tenía tantos pedazos sin pelo en la cabeza, que esta parecía sembrada de pesetas.

Rosalía llevaba un sencillísimo traje de muselina blanca, enteramente liso: una crucecita de oro, sujeta á un terciopelo negro, adornaba su linda garganta.

Sus hermosos cabellos rubios, prendidos en trenzas con una aguja de plata, adornaban su peregrina cabeza: sus cándidos ojos azules apenas se levantaban de la labor; pero cuando entraron su hermano, Elodia y D. Anselmo, brillaron de alegría.

—Buenas noches, querida mia, dijo la Srta. Yolanda levantandose y dando la mano á Elodia con la extrema frialdad que distinguía todos sus movimientos: buenas noches, Julian, bien llegado, D. Anselmo.

Dicho esto, se volvió á sentar y emprendió de nuevo su monótona tarea de tejer la calceta.

—¿Es posible que hagais labor con este calor? exclamó Elodia: yo, por la noche, no puedo ocuparme de nada.

—Ni de dia haces tampoco otra cosa que dibujar y tocar el piano, lo que no te causará mucha fatiga, observó incisivamente Yolanda, que parecía que no hablaba mas que para herir.

—Es cierto, repuso la jóven: eso me gusta mas que coser.